



El congreso de los feos



Colección Planeta Azul

© Del texto: Lucía Flores, 2015 Diseño de colección
© De las ilustraciones: María de los Ángeles Vargas T.
Cecilia Molinuevo, 2015 Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018 Ninguna parte de esta publicación,
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8, incluido el diseño de la portada,
Providencia, Santiago de Chile. puede ser reproducida, almacenada
www.planetalector.cl o transmitida en manera alguna ni
www.planetadelibros.cl por ningún medio, sin permiso previo
por escrito del editor.

Primera edición en Chile | diciembre 2018 El libro original protege el trabajo
ISBN | 978-956-9962-55-4 del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
Impreso en Chile / Printed in Chile respetar ese trabajo. No fomentes
el delito de la piratería.

El congreso de los feos

LUCÍA FLORES

Ilustraciones de Cecilia Molinuevo

*A Thalie y Béatrice, mis
inventoras de hechizos mágicos.*

Todo por un triángulo

Me llamo S y soy el niño más feo del mundo.

S, porque no les diría mi nombre aunque viviera cinco mil millones de años. Y para probarles que soy el más feo del mundo, les puedo mostrar mi trofeo. Lo gané en un concurso y, créanme, no fue fácil.

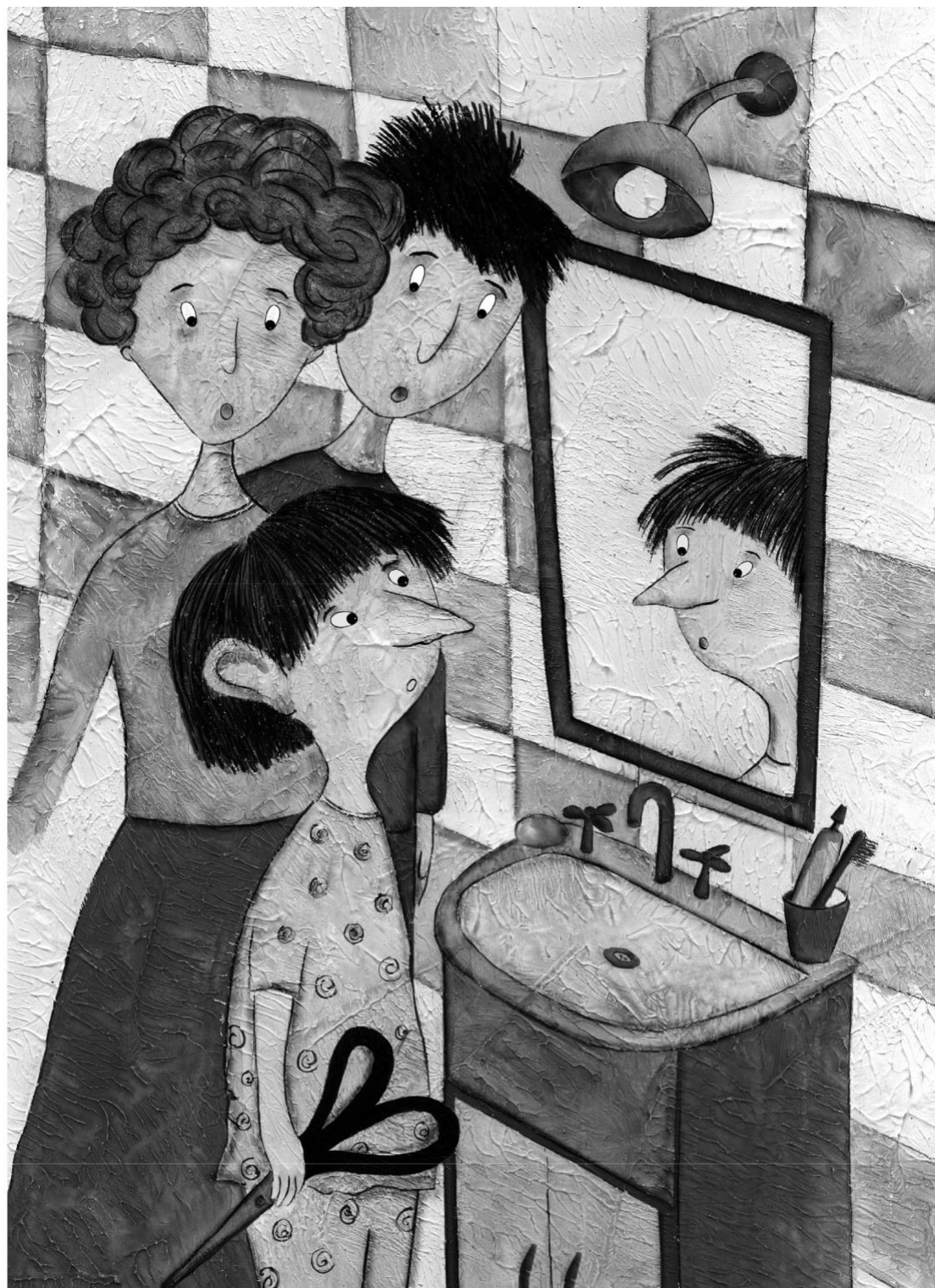
Todo empezó cuando mi madre me sorprendió un día en el baño haciendo algo terrible. Tenía en la mano unas tijeras de esas que a los niños no nos dejan usar, porque son «filosísimas», «peligrosísimas» y otros «ísimos» por el estilo. Esa vez mi madre no dijo nada; sólo abrió muy grandes los ojos y la boca, inmóvil como una estatua. Es que yo estaba tratando de cortarme la nariz. Creo que mi madre pensó que me la iba a cortar toda, pero yo nunca iba a hacer una cosa así. No.

Sólo quería cortarme un triángulo de nariz. (Si no saben lo que es un triángulo, imaginen un pedazo de pizza sin el borde redondeado).

Los que me conocen saben que mi nariz tiene un triángulo de más. En el colegio, hay niños que me llaman «narigón», «cara con mango» y me dan otros sobrenombres que prefiero no repetir. También me dicen «cara entre parén-tesis» porque mis orejas son casi tan grandes como las de Dumbo, creo, aunque es difícil saberlo sin medirlas.

Mi madre me arrancó las tijeras de la mano, frenética. Creo que así pensaba salvar mi nariz, pero nunca sabrá que salvó también mis orejas, que eran la etapa número 2 de mi plan «tijerístico». Después, se sentó en el borde de la tina, con la cara muy roja y respirando fuerte, como quien sale de un gran peligro.

El episodio del baño me cambió la vida, pero no para bien. Primero, mis padres me prohibieron el postre y la bicicleta durante una semana. Después, me hablaron de lo que me



podría haber pasado aquel día con las tijeras, y lo que dijeron fue tan terrorífico que tuve pesadillas durante tres días. La cosa no terminó ahí: me obligaron a ir a ver cada semana a una señora que se llamaba Ricotta, o algo así, y que me hacía jugar con muñecos (¡sí, en serio!) y hablarles como si fueran de verdad.

Un día, Ricotta me preguntó qué tenían de malo mis orejas y mi nariz. «¿Que qué tienen de malo? ¿Que qué tienen de malo?», grité, mientras lanzaba al techo, como proyectiles, sus horribles muñequitos de bebé, rojo de rabia. Ella descolgó el teléfono y sólo dijo:

—Código 452.

Mientras yo tenía mi pataleta, dos colosos fornidos me alzaron en vilo y me encerraron en una pieza donde no había nada de nada, sólo cuatro paredes blancas, y me dijeron que podría salir de allí en cuanto me calmara. Por supuesto, me calmé muy rápido. Unos minutos después, mis padres vinieron a buscarme, mirándome casi asustados.

